

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

La falsa rutina de las colas

La cola de ayer no tenía fin. En realidad, hace ya cuatro años que perdió la palabra *fin*. Un señor mayor, de años y de vida, subía la rampa lentamente y cuando alargaba la mano para pedir la ficha, era de una corrección y unos modales que se aprendieron hace ya muchos años. Saludaba, comentaba la renuncia del Papa a una monja, esta le daba una de las 400 fichas que se reparten cada día y él entraba al comedor. El hombre tendría casa, pero sudaba soledad.

La señora que le venía detrás es de esos seres que cargan con toda su vida en un carrito de **Diógenes**. Llegaba en silencio. Solo alargaba la mano y entraba cabizbaja, vestida de negro, arreglada lo suficiente como para seguir viviendo. La hilera avanzaba y toda ella era gris y marrón, y era de todo menos ágil y con vida. Llegaba un hombre de unos 50 años. Bien vestido –pantalón blanco–, afeitado y con una carpeta de currículos bajo el brazo. La crisis lo echó a esa cola, pero no ha tirado la toalla.

Sin que nadie lo hubiera establecido, había dos grupos. Los ancianos, los solos, los que buscan trabajo, los que viven en bancos y los que aún tienen energía, en uno. Los que están en el otro grupo, ayer a las 9.45 horas, llevaban una lata de cerveza y esperaban apoyados en uno de los laterales de la iglesia de Sant Agustí.

Esa fila, como todas las que se forman delante de los comedores sociales o cerca de las parroquias, es otro de esos sucesos trágicos de la crisis que ya se han vuelto falsamente normales en esta ciudad.

Salir del contenedor

► Como un día también pasó a la categoría de normalidad pelearse por tener un sitio en los escalones de las iglesias, buscar en papeleras, dormir en aeropuertos, caminar arrastrando un carrito, que los ancianos sean los únicos que dialoguen con los que duermen en la calle –cada día hay más caras nuevas– o ver a alguien salir de un contenedor.



► Una mujer pide limosna, ayer, en las escaleras de la Catedral de Barcelona.

La gente sin recursos recorre hasta cuatro barrios en un día para conseguir comida

Hace dos semanas, cerca del Centre d'Art Tecla Sala, dos hombres se asomaron al mismo tiempo a un mismo contenedor. Ninguno de los pasajeros que esperaban en una parada de bus se inmutó al verlos.

Hace unos meses, formado en una de esas colas, un hombre decía que su única misión ahora es caminar para comer. Dormía en la calle y había establecido una rutina. En la mañana, se bañaba en unos baños públicos. Luego, empezaba a andar. Del Eixample caminaba hasta Sant Andreu, donde unos vecinos se han organizado para dar de comer a los que lo necesitan. Era el desayuno. Al mediodía, acudía a la iglesia de Sant Agustí –ayer no lo vi en el primer turno– y seguía caminando has-

ta que, ya a oscuras, se decidía por ir a Sarrià, a otro comedor organizado por vecinos, o acercarse a Navas, a un comedor oficial. Luego, desandaba los kilómetros hechos ese día.

Había pasado de tener una vida de reloj a una rutina de calle y de supervivencia. Seguirlo, de barrio en barrio, era como hacer demasiado real, y en las calles de Barcelona, *La carretera* de Cormac McCarthy. No es el único. ≡

cgaya@elperiodico.com

JOAN PUIG